

El patrimonio artístico de la Academia Nacional de Medicina de México: dos obras de importancia

José María García Valdecasas Rath¹ y Ana Cecilia Rodríguez de Romo^{2*}

¹Gerente General Laboratorios Valdecasas S.A., México D.F.; ²Académica titular de la Academia Nacional de Medicina de México (ANMM), México, D.F.

El trabajo que sigue fue presentado en el marco de los festejos del 150 aniversario de la Academia Nacional de Medicina de México (ANMM), el 24 de abril de 2013. Se refiere a dos importantes bienes que posee nuestra Academia: la estatua de Esculapio y *El cuadro de los académicos en 1923*.

La ANMM custodia objetos variados, cuya riqueza quizá no dependa tanto de su número o valor económico, sino del significado y lo que representan en la historia de nuestra corporación. Se trata de cosas materiales, que son testigo y testimonio de diferentes y variados sucesos, fenómenos o situaciones; cosas que tienen una intimidad y una historia, que son la muestra palpable del momento y de las circunstancias en que surgieron, del motivo que les dio lugar. Abordemos primero la estatua.

Estatua de Esculapio

La estatua que actualmente está en el auditorio de la ANMM no es la que inicialmente se ubicó en ese lugar (Fig. 1). La primera fue donada en 1926 por el Dr. Florestán Aguilar Rodríguez, miembro honorario de la ANM y profesor de odontología de la Universidad de Madrid, quien llegó a México por motivos personales. Hizo mucha amistad con los médicos de la Academia y, antes de regresar, obsequió la estatua, que se colocó en sesión solemne el primero de octubre de 1927. Los discursos estuvieron a cargo de los Dres. Tomás Perrín y Everardo Landa, entonces presidente de la ANMM. El Dr. Víctor Espinoza de los Reyes decía de la estatua: «Su soberbia imagen desde entonces nos observa del lado izquierdo del presidium con su serena testa reposada y tranquila majestad, durante muchos años». El Dr. Vicente Guarner

agregó: «Un buen día por su propio pie apareció y se quedó con nosotros», y personalmente añadió que se adaptó y estuvo feliz durante muchos años, viendo pasar a los mejores médicos mexicanos de 1927 a 1985.

Pero un día la naturaleza nos demostró su fuerza y sufrimos el terrible terremoto que todos recordamos con estremecimiento. Esculapio cayó de su pedestal durante el sismo y la estructura de estuco se partió en mil pedazos.

En 1991, siendo secretario general, el Dr. Víctor Espinoza de los Reyes observó los estragos que dejó el sismo, vio los cientos de cajas que contenían libros y documentos que pertenecían a la biblioteca y al archivo, pinturas y objetos valiosos; unos se perdieron y otros se encontraron después. Entonces se dio a la tarea de limpiar, ordenar, buscar. Respecto a la estatua de Esculapio destruida, pensó que algo tendría que encontrarse entre lo perdido que proporcionara información acerca de sus antecedentes. Nada se



Figura 1. Estatua de Esculapio que se encuentra actualmente en el auditorio de la ANMM.

Correspondencia:

*Ana Cecilia Rodríguez de Romo
Académica titular de la Academia Nacional de Medicina de México (ANMM)
México, D.F.
E-mail: ceciliar@unam.mx

Fecha de recepción en versión modificada: 04-04-2014

Fecha de aceptación: 02-05-2014

localizó en aquel momento. La búsqueda se volvió una obsesión: «Si no la reponíamos, el recinto de la Academia no tendría su categoría actual». Finalmente, el Dr. Espinoza encontró o consiguió una fotografía que se convirtió en nuestra pista.

Por aquella época vivía un tío mío, Francisco García Valdecasas, farmacólogo, catedrático de la Universidad de Barcelona y muy aficionado a la historia y a la pintura mexicanas. Había venido varias veces a México. Con la anuencia de Espinoza de los Reyes, le mandé la foto con el objetivo de que investigara su procedencia. Respondió inmediatamente, informándonos de que el original se encontraba en el Museo de Antropología de Barcelona y nos hizo una reseña de su historia. Además, agregó: «Pronto voy a ir a México». Lo habían nombrado académico de la Academia de Ciencias Farmacéuticas de México.

Hay que mencionar que cuando recibió la fotografía, acompañado del Dr. Moisès Broggi i Vallès, se fue al Museo de Antropología, que se localizaba sobre un monte en el paseo de Santa Madona-Parc de Montjuïc. Ahí encontraron una estatua de Esculapio y comprobaron que se trataba de la misma de la fotografía que habíamos mandado.

A su llegada al país, quedó impresionado ante la cantidad de escombros en que se habían convertido la Academia y sus cosas. Como consecuencia de su visita, poco después, en 1992, viajé a Barcelona con los Dres. Víctor Espinoza de los Reyes, Carlos MacGregor, Francisco Durazo y Adolfo Martínez Palomo, todos académicos y ex presidentes de la ANMM. Entonces pudimos observar el original de la estatua de Esculapio en el Museo de Antropología, colocada en un salón redondo y grande, ocupando un espacio importante para poder ser admirada. En esa ocasión, Espinoza de los Reyes dijo: «Tuvimos el gusto de escuchar en voz del profesor García Valdecasas que era casi segura la elaboración de una copia del Esculapio».

El Dr. Broggi y el profesor García Valdecasas hablaron con el director del museo, el profesor Ricardo Batista, y le explicaron su deseo de obtener una réplica del Esculapio. Éste, apenado, les dijo que el último artista con el que contaban capaz de realizar la obra se había jubilado. No obstante, ante su insistencia, el director les proporcionó su dirección, pero les advirtió de que era un hombre difícil, que no aceptaba su jubilación a pesar de cumplir la edad requerida, argumentando: «No soy un obrero, soy un artista; no acepto que se me jubile como a un obrero». A pesar de ello, fueron a verlo a su casa y le expusieron su deseo;

el artista se negó a realizar el trabajo y agregó que de ninguna manera iba a cambiar de opinión. Ya de salida, Valdecasas se volvió hacia Broggi y le dijo: «Es una gran pena, porque los mexicanos se van a quedar sin su estatua». Al escucharlos, el artista apuntó: «¿Los mexicanos? ¿Qué tienen que ver con esto?». Los catalanes se lo explicaron, el hombre se quedó callado y al final dijo después de un rato: «Si es para México, la hago, y gratis». Y en efecto, así fue.

Del resultado de esta conversación algunos han deducido que este hombre había sido también el primer constructor de la estatua. Se dice que tenía algún pariente en México. Yo no he encontrado prueba alguna de esto o de lo otro, pero lo cierto es que la palabra México cambió su decisión. Su nombre era Javier Mayas y, como ya se ha mencionado, no cobró por su trabajo.

Al inicio de 1993 se confirmó la buena noticia: se había terminado la estatua y había que realizar una serie de trámites en ambos países para poder transportarla de España a México. Como se trataba de un envío internacional, tuvieron que hacerse gestiones ante la Generalidad de Cataluña, la Diputación Catalana, etc. Piénsese que era la primera vez que se hacía algo similar y no había precedentes. Además, a las autoridades aduanales, la leyenda del envío «De Academia a Academia» les parecía extraña, y se preguntaban quién pagaría los impuestos.

Muy bien embalada y protegida, la estatua llegó a México, transportada de forma gratuita por la Compañía Líneas Aéreas Españolas, pero aquí sucedió lo mismo, fue clasificada como obra de arte y le pusieron un valor de casi cinco millones de pesos, lo que significaba una enorme cantidad de impuestos. Espinoza de los Reyes me pasó el recibo de Hacienda y me dijo: «A ver si lo arreglas, porque esta cantidad no la tiene la Academia, ni tú, ni yo».

Entonces fue cuando me convencí de que Esculapio es un dios. Me vino a la memoria que mi hija Frida trabajaba en la Secretaría de Hacienda y, además, estaba convencida de la realidad de la frase «Donación de Academia a Academia», pues en la casa había oído hablar muchas veces del problema de la estatua de Esculapio. Le platiqué el asunto y ella me explicó cómo demostrar ante las autoridades hacendarias que en realidad se trataba de una donación. De ese modo conseguimos que la estatua pasara la aduana por una cantidad accesible y justa; creo que fueron 12,000 pesos.

Cuando la caja llegó a la Academia, el Dr. Espinoza de los Reyes, a la sazón presidente de la ANMM, decidió que no se abriera, tarea que se encomendaría

a una amiga suya especialista en el asunto, y me explicó: «Sería terrible que, después de todo lo que ha viajado esta estatua, por precipitaciones nuestras o por torpeza, la estropeáramos».

La estatua llegó hacia la una del mediodía y al día siguiente llegó la experta, quien, con muchísimo cuidado y el apoyo de los trabajadores de la Academia, desembaló al magnífico Esculapio, lo colocó y lo iluminó adecuadamente. Una vez al descubierto, llamé al joven que realizaba múltiples y diversas actividades en la Academia y le pregunté si había estado en contacto con la estatua; me contestó que le quitaba el polvo todos los días. «Entonces, ¿la conoce bien? –dije–. ¿Quiere revisar la que nos mandaron? Con cuidado obsérvela por todas partes, quizá encuentre algo diferente». Él la vio muy bien por todos lados y me aseguró que era exactamente igual, que podía estar tranquilo. Si no recuerdo mal, se llamaba Alejandro Moreno.

La ANMM no tuvo ningún gasto y, en efecto, se respetó la denominación de donación.

Para expresar su agradecimiento y develar la estatua de Esculapio, el 30 de abril de 1993 la ANMM organizó una solemne ceremonia. El auditorio estaba lleno y los asistentes se veían contentos y felices. Todos los académicos de aquel entonces estaban presentes. Esculapio estaba donde debía estar y la develación se hizo con gran sobriedad y categoría. Primero se apagó la luz y todo quedó a oscuras, después la estatua sorpresivamente se iluminó. Los aplausos no se hicieron esperar; todos los académicos recibieron la estatua con un fuerte aplauso.

El acto fue amenizado por una orquesta de cámara y hubo dos discursos, uno del profesor Francisco García Valdecasas, por parte de la Academia Catalana, y el segundo del Dr. Víctor Espinoza de los Reyes, en nombre de la ANMM. Fueron muy aplaudidos. Después, el Dr. Pelayo Vilar organizó una cena plena de animación y compañerismo. Los profesores catalanes estaban muy complacidos.

Al día siguiente se organizó un paella para felicitar a los académicos catalanes por su nombramiento como académicos correspondientes de la Real Academia de Medicina de Cataluña y aceptados en la ANMM. Eran principalmente los Dres. Jacint Corbella, Broggi i Vallès, Francisco García Valdecasas, José Massons y Josep Laporte i Salas (entonces presidente de la Real Academia de Medicina de Cataluña); algunos se me escapan.

El Dr. Moisès Broggi i Vallès, en ese momento expresidente de la Real Academia de Medicina de Cataluña, merita unas palabras especiales. Excelente

médico y gran humanista, fue perseguido por Francisco Franco desde que terminara la guerra, lo que le impidió trabajar, a pesar de que la gente le quería mucho. Sobrevivió con gran esfuerzo, pues todo le fue prohibido. Se recuperó cuando murió Franco. Era buen amigo del Dr. Pelayo Vilar Puig, ex presidente de la ANMM. Con motivo de la guerra civil española, hubo muchos casos parecidos al de Broggi, quien, siendo presidente de la Academia de Medicina Catalana, vino a México, lo que lo hizo muy feliz. Un recuerdo merece también el Dr. Hugo Aréchiga, incansable organizador en esta aventura.

Además de la estatua de Esculapio, se dieron otros resultados muy provechosos: se estrecharon las relaciones entre las dos academias, catalana y mexicana, se firmaron convenios de apoyo científico y desde entonces se han recibido académicos de los dos países en ambas academias, que ya van siendo numerosos.

Así pues, desde 1993, Esculapio, el dios de la medicina, sigue presidiendo con dignidad y sabiduría las sesiones de la ANMM.

El cuadro de los académicos en 1923

Al salir del auditorio de la ANMM, en algún momento antes de atravesar la puerta externa, inevitablemente la vista se detiene en la pintura de los académicos colocada en el muro superior (Fig. 2). El cuadro es una fuente de múltiple y rica información sobre la historia de la ANMM.

En 1955, José Joaquín Izquierdo lo llamó *El cuadro de los académicos en 1923*, y con este nombre se le sigue conociendo. El académico Dr. Daniel Vélez, en 1923, mandó hacer el cuadro, que representa una sesión solemne en la ANMM. En ese momento él no ocupaba ningún puesto en la mesa directiva; de hecho, nunca estuvo en ninguna, y no se ha logrado averiguar si él pagó la obra y la donó a la Academia. El pintor fue Daniel del Valle, quien la realizó entre 1923 y 1924. El cuadro mide 1.30 x 2.20 m e incluye a los 69 socios que la ANMM tenía entonces.

El autor tomó una foto de casi todos los académicos en la posición en que había decidido agruparlos y después, en su taller, hizo el estudio individual. Todos aparecen reunidos en el gran salón de juntas del Departamento de Salubridad, en el que entonces sesionaba la Academia.

En 1923, el presidente de la ANMM era el Dr. Gabriel Malda y el vicepresidente, el Dr. Fernando Ocaranza, que pasó a ser presidente en 1924, cuando el secretario anual era Isidro Espinoza de los Reyes,



Figura 2. *El cuadro de los académicos en 1923.*

padre de Víctor Espinoza de los Reyes, quien, siendo presidente, hizo la restauración, en 1989.

En 1925, el cuadro se colocó en Palacio de la Antigua Escuela de Medicina, entrando en el pequeño cuarto de la izquierda, por donde se accedía al parainfo. Con motivo de las obras que se hicieron en el edificio, el cuadro se embodegó y permaneció olvidado durante 20 años, situación que inevitablemente lo deterioró. En 1951, lo encontró el Dr. Luis Gutiérrez Villegas, a la sazón vicepresidente de la Academia; lo mandó restaurar y, en 1952, lo colocó en el salón de juntas y biblioteca. Hay que mencionar que el original fue modificado con esta reparación, circunstancia a la que se hará referencia más adelante.

En algún momento el cuadro se colocó en el auditorio principal de la Unidad de Congresos del Instituto Mexicano del Seguro Social, pero, al igual que la estatua de Esculapio, la obra se dañó terriblemente con el sismo de 1985 y se guardó en el sótano, hasta que en 1989 fue nuevamente restaurado por Jorge A. Meave Villaseñor, siendo presidente el ya mencionado Dr. Víctor Espinoza de los Reyes.

Haciendo un poco de historia de la pintura, en 1955, el arquitecto Federico Mariscal, amigo de José Joaquín Izquierdo, expresó la siguiente opinión: «Raras veces se encuentra una pintura de conjunto de una sociedad que nos haga conocer sus miembros de manera fiel, y que no sea un simple hacimiento de figuras.

Pero es más raro aún encontrar una pintura que, no obstante las grandes dificultades de presentar a tantas personas, tenga variedad en los distintos grupos, interés y unidad en el conjunto. Es fácil caer en lo ridículo o amanerado inexpresivo en esos grandes conjuntos. El artista no sólo evitó esos defectos, sino que logró despertar interés y obtener variedad en la composición. Lástima que la restauración alteró los tonos y desdibujó figuras o parte de ellas. El verde del fondo resulta monótono y pesado, algunas de las pecheras de las camisas en la última línea son de un tono falso de azul».

El pintor Daniel del Valle fue el último de los alumnos de Salomón Pina, a su vez discípulo de Pelegrín Clavé. A decir del mismo arquitecto, le tocó la decadencia de la Academia de Bellas Artes, que fue paralela a la decadencia del porfiriato. Meave Villaseñor apunta: «Si la gran inspiración y los alardes no alucen en sus obras, en cambio fue siempre discreto y concienzudo. No culpeamos al que, en época de decadencia, no pudo sobreponerse a una escuela envejecida y muy arraigada».

La opinión del arquitecto acerca del pintor es severa. Daniel del Valle también fue el autor del cuadro *Moctezuma II visita en Chapultepec los retratos de sus ancestros*, óleo sobre tela que hoy alberga el Museo Nacional de Arte del Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) y con el cual ganó un certamen organizado por la entonces Escuela Nacional de Bellas Artes. Durante el siglo XIX, la búsqueda de la identidad nacional

provocó un auge excepcional de la difusión de la historia a través de las artes, del que se hizo eco Del Valle, quien creció en medio de una época de revoluciones en la cultura y el arte, en cuyo seno se afirmaron el pensamiento científico y el positivismo. La sociedad se rigió por máximas como el orden y el progreso.

Los expertos dicen que Del Valle destacó en el retrato, ya que tenía facilidad para captar la esencia de los rostros y hacer que los ojos del personaje siguieran al espectador a cualquier punto. Del Valle murió en 1935, y ahora es poco conocido en los anales de la historia.

Aunque no lo dice abiertamente, se intuye que Izquierdo orquestó la restauración de 1951-1952. Eso le permitió hacer ligeros cambios en la pintura y también darle una interpretación muy personal, que no necesariamente reflejaba el sentir de la comunidad académica. Según él, en el cuadro aparecen tres categorías de hombres que, en 1923, representaban el momento evolutivo de la Academia: aquellos que fueron testigos de su pasado, los que promovían un mejor presente y, por último, los que llegaban como promesas de un nuevo futuro. No es difícil imaginar que él se ubicaba en esta última categoría.

Naturalmente la atención se dirige a los tres personajes que están haciendo la demostración experimental. Son José Joaquín Izquierdo, Fernando Ocaranza y Francisco de P. Miranda. En otras palabras, las promesas de un nuevo futuro. ¿Quién decidió que ellos fueran el centro de atención de la pintura? No lo sabemos. En 1923, Izquierdo tenía 30 años y ya había estado en Harvard, pero no en Cambridge. Había ingresado en la Academia en 1923 y fue presidente al año siguiente. Decidió aparecer ejecutando una resección bilateral del canal deferente del cuyo, con lo que testimoniaba sus trabajos acerca de la fisiología del testículo. Tanto Izquierdo como Ocaranza eran admiradores de Claudio Bernard y fieles seguidores de lo que ellos mismos llamaron «pensamiento fisiológico».

Sentados atrás están Ricardo E. Manuell, Ricardo E. Cicero y Jesús Arroyo, que pudieron corresponder con los que promovían un mejor presente.

Los que ocupan los sitios de la mesa directiva, sin ser precisamente los directivos de entonces, son Manuel Villada, Manuel S. Soriano y Manuel Toussaint. Está claro que ellos eran los testigos del pasado; los tres nacieron antes de 1850.

En 1955, Izquierdo se refiere muy elogiosamente a Villada y a Soriano, pero no dice nada de Toussaint, cuyo prestigio era internacional.

En general, la pintura es una excelente alegoría de la medicina mexicana y de la Academia de ese tiempo.

Izquierdo describe 1923 como un año difícil para la Academia, pero se consuela agregando que «el centro del cuadro tiene el punto de partida para progresos futuros, hacia donde el artista converge la atención de todos los académicos». También agrega que empezaban a llegar a la Academia profesores de la novísima Escuela Médico-Militar, que participaron en la fundación de la Sociedad Mexicana de Biología. Estas líneas corresponderían a su retrato hablado, que además es posible ver, ya que en la pintura original, de la que sólo existe una fotografía muy mala, no aparecen las dos líneas rojas paralelas en su pantalón, que sí están en la pintura y que son testimonio de su formación militar.

Reitero que el cuadro sufrió cambios cuando se restauró en 1951. Particularmente pude darme cuenta de ello cuando descubrí que aparecía un personaje que tuvo mi atención como investigadora durante varios años. el Dr. Daniel Vergara-Lope Escobar. En la versión de 1923 está viendo a la izquierda y en la restauración de 1951 volteo a la derecha. Ignoro cuál pudo haber sido la causa de la modificación. A partir de 1895 y hasta su muerte, en 1938, este fisiólogo se dedicó a refutar la teoría de la anoxihemia barométrica, cuyo postulado decía que los habitantes del Valle de México teníamos anemia intelectual por vivir en una zona con menor concentración de oxígeno. Durante varios años me dediqué a estudiar su obra científica, sin tener la menor idea de cómo era su cara. *El cuadro de los académicos en 1923*, además de ser una obra artísticamente atractiva, desde el punto de vista histórico es muy valiosa, ya que da cuenta de una época y de los seres humanos que en un momento conformaron la ANMM.

Agradecimientos

Se agradece el eficiente apoyo de Andrés Pineda Cervantes en la búsqueda de los materiales para realizar este trabajo.

Bibliografía

- Guarner V. [Asklepios once again at the National Academy of Medicine]. *Gac Med Mex.* 1993;129(4):333-5.
- Izquierdo JJ. [Picture of the sudden evolution of the Academia de Medicina de México since 1923]. *Gac Med Mex.* 1955;85(1):11-30.
- Somolinos Palencia J, Guarner V, Martínez Báez M. La medicina en la antigüedad clásica. *Gac Med Mex.* 1975;110(2):79-98.